

Daniel Giralt-Miracle: «Subirachs», *Gazeta del Arte*, 15 de abril de 1973, p. 13

El fenómeno Subirachs en nuestra escultura tiene unas características particulares dignas de ser tenidas en cuenta en todo momento. Su trayectoria representa algo así como un recoger con iniciativa y criterios personales los valores más novedosos de la escultura de preguerra, enlazándolos con un hoy vivo y real. Los años cincuenta y los años sesenta fueron en la panorámica general de nuestra escultura general tristes, monótonos y retrospectivos. No quisieron plantearse ninguno de los nuevos valores artísticos que se habían gestado en Europa (España incluida) antes de la segunda guerra mundial. La labor de Subirachs, desde su vuelta de Bélgica en el año 1956, período que tiene como punto de arranque la escultura de entrada a los Hogares Mundet, es una labor de pionero, de auténtica iconoclastia frente a la escultura estatuaria que abre las puertas a un nuevo planteo de la especialidad, atendiendo más a la búsqueda y al análisis que no al mimetismo y la reproducción. Sus descubrimientos plásticos, ordenaciones constructivas, experiencias formales y geométricas le hacen uno de los más fecundos e inquietos de nuestros creadores. Su personalidad la querrá reflejar tanto en el monumento como en la pequeña escultura, en el gran mural como en una medalla. El lenguaje que le personalizará tendrá como características esenciales la penetración en los espacios, la fuerza de los ritmos, el minucioso tratamiento de las texturas, la apetencia por los tatuajes y un especial afecto por el misterio y el tema erótico. Su obra agrupa en un todo los recursos técnicos formales, gráficos y matemáticos vistos siempre desde su especial vocación problemática, que le impone un ritmo creador y renovador a cualquier etapa quemada. A los anteriores períodos de su carrera, el figurativo-representativo (1953-1957), expresionista (1955-1961), abstracto (1959-1964) y neofigurativo (1965-1972). Su vocación problemática añade hoy a su constante devenir una nueva dimensión en la que si el tratamiento recuerda algún descubrimiento anterior ahora gana en carga enigmática, inquietud metafísica y búsqueda de nuevas salidas temático-formales. Unas apuntan hacía una apropiación de lo barroco, mas como gesto que como estilo, en la que aprecia en particular los movimientos extremados y su ampulosidad frente a la actitud serena y estática de la escultura renacentista. Por otro lado, observamos una potenciación del valor erótico, que no es nuevo en su obra, pero sí que adquiere otro tratamiento. Veinte años de trabajo activo donde meditación y hallazgo se funden en una obra.